CAPITULO I

INFANCIA DE JUAREZ

LA elevada cordillera que recorre el continente americano desde la Patagonia hasta el Mediodía de los Estados Unidos, y que toma los nombres de Sierra Madre y Andes en la República de México y en la América del Sur, se bifurca en dos inmensos ramales en el territorio mexicano, uno que se alza casi en las costas del Grande Océano y otro del lado del Atlántico, y en el centro de los cuales se extiende la Mesa Central. Estos ramales se unen en el Estado de Oaxaca por la parte septentrional, formando una extensa y revuelta serranía cubierta de una variada y rica vegetacion, desde la tropical en la falda y cerca de las costas, hasta la de las regiones frias en las cúspides.

Los arroyos que se desprenden de lo alto de la sierra formando luego espumosos rios; las prolongadas cañadas; los pequeños valles que forman aquellas montañas; la riqueza de sus minerales y lo variado de sus paisajes, hacen de aquel Estado uno de los mas pintorescos y ricos de la República.

En aquellos valles, sobre aquellos elevados montes cuyas vertientes cubren las galas de la zona tórrida, cuyas cimas corona el melancólico pino y á quienes sirve de pabellon el límpido cielo de los trópicos, habitan todavía los restos de los zapotecas, raza pseudo-primitiva del territorio mexicano, conservando todavía muchas de sus antiguas costumbres y su primer lenguaje. Tal vez debido á la situacion topográfica del terreno, la civilizacion moderna no ha penetrado en aquellas comarcas sino bajo un solo aspecto, el del comercio. Los habitantes de aquellos sitios, convertidos como todos los del territorio mexicano, al cristianismo, no llegaron nunca hasta el último estado de la degradacion social, y los pueblos dispersos en aquellas serranías han adquirido, á pesar de su ignorancia, cierto aire de independencia cantonal.

Aquellos montañeses se dedican á la agricultura, á la minería y al comercio. Todos tienen una pequeña choza y un pequeño huerto, y no pocos bajan á la capital del Estado á cambiar sus productos por efectos.

La ciudad de Oaxaca, capital del Estado de su nombre, se eleva en un pequeño valle cerca de la montaña de San Felipe, y veintidos millas al N. E. se eleva la poblacion de Ixtlan, en cuyo Distrito se encuentra, en lo mas intrincado de la montaña, un humilde pueblo que tiene por nombre San Pablo Guelatao, y que consta de doscientos habitantes. La situacion del pueblo de Guelatao es pintoresca: rodéanlo elevadas cimas; circúndalo un bosque de árboles frutales y adórnalo un lago formado por las filtraciones de la sierra, y al que llaman sus habitantes la *Laguna encantada*, por la eterna limpidez de sus aguas. El pueblo consta de unas cuantas chozas de adobe y otras de paja, de un templo arruinado por los terremotos, de una modesta iglesia y de extensos campos de siembra, interrumpidos por modestos jardines y frondosas huertas, disperso todo en las sinuosidades de la serranía.

En este pueblo fué donde nació BENITO JUAREZ el 21 de Marzo de 1806, como consta por el siguiente documento:

El presbítero que suscribe, encargado de esta parroquia.—Certifico en toda forma de derecho: que en el archivo de ella se encuentra un libro de forro encarnado, cuyo título es: DE BAUTISMOS, y á fojas ciento sesenta y cinco, partida trece, se halla la del tenor siguiente:

En la iglesia parroquial de Santo Tomás de Ixtlan, á veinte y dos del mes de Marzo del año de mil ochocientos seis, yo, D. Ambrosio Puche, vecino de este distrito, bauticé solemnemente á Benito Pablo, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de Marcelino Juarez y de Brígida García, indios del pueblo de San Pablo Guelatao, perteneciente á esta cabecera. Sus abuelos paternos son Pedro Juarez y Jus-

ta López; los maternos, Pablo García y María García. Fué madrina Apolonia García, india, casada con Francisco García, advirtiéndole sus obligaciones y parentesco espiritual.

Y para constancia, firmo con el señor cura.

(Firmado:)

MARIANO CORTABARRÍA.—AMBROSIO PUCHE.

Es copia fiel y legalmente sacada de su original á que me remito, siendo testigo de su cotejo Francisco Ramirez, de esta misma cabecera.

Ixtlan, Octubre 24 *de* 1865.

(Firmado:)

JOSÉ ANTONIO MÁRQUEZ.

Los padres de Juarez tenian las comodidades comunes á los habitantes de aquellas comarcas: una choza, un pequeño campo de labranza, y animales domésticos; pero sin embargo no podian llamarse ni siquiera medianamente ricos, ni ofrecer á su hijo otro porvenir que el de una vida monótona dedicada á las faenas agrícolas.

Juarez quedó huérfano á la edad de tres años, quedando al cuidado de su abuela primero, y de su tio Bernardino despues. Las pocas relaciones sociales de su tio, lo aislado del pueblo de Guelatao y su humilde posicion, impidieron que Juarez recibiera enseñanza alguna, y creció hasta los doce años, no tan solamente sin saber leer ni escribir, sino hasta ignorando la lengua castellana. Pero débase á su propio instinto ó bien á que las relaciones que hacian los viajeros que pasaban por Guelatao viniendo de Oaxaca, despertasen en él un vehemente deseo de cambiar de posicion, el caso es que pensó en ir á la *ciudad*, como otros muchos de sus compañeros de infancia.

Costumbre era desde entonces en los indios de la Sierra N. E. de Oaxaca llevar á sus hijos á que sirviesen de criados en la ciudad, sin exigir mas retribucion que el indispensable alimento, un vestido y la instruccion primaria, costumbre provechosa que ha dado por feliz resultado que se propague con asombrosa rapidez la instruccion en los pueblos dispersos de la montaña. Favorecia á esta costumbre el aprecio con que eran vistos los jóvenes serranos por las principales familias de Oaxaca, por su proverbial honradez y su intachable lealtad.

Este ejemplo que veia Juarez diariamente, las narraciones que oia de sus hermanos de infancia que volvian á su pueblo, el desamparo en que vivia como huérfano, y el trato *poco paternal* que recibia en su propia casa, lo decidieron á abandonar su pueblo y su choza á la edad de doce años.

Ejecutó este primer acto de su vida con aquella firmeza que le fué característica y de que tantas pruebas dió despues.

Sin recursos, sin apoyo alguno, fiándolo todo del porvenir, se dirigió á Oaxaca, la ciudad de sus ensueños, á buscar un humilde empleo en una familia acomodada. Esta resolucion en un niño de doce años que nunca habia salido de su humilde pueblo, y que hasta desconocia el habla de la ciudad, demuestran un carácter resuelto y emprendedor á toda prueba.

Esto pasaba el año de 1818: al llegar á Oaxaca se refugió en la casa en que servia una hermana suya, y su suerte hubiera sido vivir como humilde criado de una casa, envejecer en ella, ser el guardian mas fiel de una familia ó de un comerciante, á no haberlo llevado su destino cerca de un hombre que le abrió las puertas de un porvenir espléndido, dándole una buena instruccion y sembrando en su corazon de niño sentimientos honrados y leales.

Este hecho entre otros muchos, prueban que el acaso eleva y forma á los hombres; de mucho sirven un gran carácter y un gran talento; pero siempre la iniciacion en la vida social de que depende todo el porvenir, depende á su vez de una mera casualidad. En la vida de Juarez esta casualidad fué encontrar á un hombre que aficionado á un niño quiso darle la mejor posicion segun sus creencias, el estado eclesiástico, deseo que no se realizó, pero que sirvió para que el humilde huérfano de Guelatao alumbrase su cerebro y despertase á la vida social. El renombre de Juarez ha venido á probar que no siempre son estériles esas caridades aisladas de los corazones sencillos, y que un humilde filántropo puede las mas veces, sin quererlo, sin conocerlo siquiera, producir un bien de inmensa trascendencia.

Este hombre caritativo era el Sr. D. Antonio Salanueva, encuadernador de libros y miembro de la tercer órden de San Francisco. Salanueva era uno de esos caracteres muy comunes en aquella época y en aquella sociedad; honrado y trabajador, debia su sustento á sus propios esfuerzos y dividia su vida entre sus faenas manuales y las prácticas religiosas; fanático y apegado á las costumbres de sus mayores, propagaba entre sus adeptos sus creencias, de modo que el niño Juarez empezó por seguir todas las prácticas de su protector. Afortunadamente Salanueva no solo impartió una proteccion comun á su huérfano, sino tambien una instruccion primaria suficiente para despertar en él nuevas ideas y nuevos deseos.

La instruccion primaria se reducia en aquel entonces á leer, escribir, las cuatro reglas de la aritmética y á aprender de memoria el catecismo de Ripalpalda. Juarez debió á su generoso protector estos elementales conocimientos, además de una solicitud paternal, y de la inculcacion de principios honrados y morales que se arraigaron desde entonces en su corazon.

A la solicitud del humilde encuadernador de libros de Oaxaca, debió tambien Juarez su instruccion secundaria. Salanueva queria dedicarlo al estado eclesiástico, porque en aquella época era la mas productiva, la mas honrada y la que seguian con preferencia los pocos indígenas que entraban á la vida social de la colonia, y además, porque era la que mas cuadraba á sus creencias, y en tal virtud hizo ingresar á su protegido como alumno externo del Seminario de Oaxaca.

En este establecimiento debia comenzar Juarez su carrera política; pero antes de seguirlo en esta nueva faz de su existencia, preciso es conocer la clase de instruccion que se impartia entonces en los colegios públicos, estudio interesante cuando se trata de un hombre que vino á defender con el tiempo el grandioso principio de la *libertad de enseñanza.*

Sin amparo, sin recursos, sin una estrella que alumbrase su camino, Juarez empezó su carrera gracias á la solicitud de un corazon caritativo; él pudo sin embargo contra tanto obstáculo de la suerte y de la época en que nació, abrirse paso hácia un espléndido porvenir: ¡ejemplo elocuente de lo que puede una voluntad inquebrantable!

Mas antes de estudiar esa transicion tan diversa y tan difícil en todos los seres humanos, del niño en hombre, del colegial en ciudadano, trasportémonos hasta los claustros de los seminarios mexicanos en 1821, cuando apenas acababa de consumarse la independencia, y aun quedaba en pié la administracion colonial.